



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1755

*Del académico de número don
Roberto Selles, acerca de*

JUAN CARLOS LA MADRID

Señora Presidente:

Era la tarde del 6 de marzo de 1977, en casa de la cantante Josefina, donde Villa Devoto muere acorralada por las vías y la Avenida General Paz. El motivo del encuentro: ir a reportear al poeta Juan Carlos La Madrid. Creo recordar que corría el mate por la mesa; estoy, en cambio, seguro de que para el que iba a ser entrevistado lo que corría era el vino tinto, su gran afición, a pesar de la constante sobriedad que solía exhibir.

Como su antecesor, el griego Homero; como su contemporáneo, el porteño Borges, La Madrid era ciego. A veces —cuando la fatalidad aflojaba— vislumbraba algunas formas complejas. Nada más.

Antes de que se iniciara la entrevista, le alcancé un ejemplar de su *Hombre sumado*; lo había llevado para que me lo firmara. Y lo hizo. Con birome. Cosa rara en él. Después observé que su costumbre era trazar las dedicatorias con un grueso marcador; una manera de visualizar, laboriosamente, lo que escribía.

—En 1951 —comenzó la Madrid, ya puesto en funcionamiento el grabador— yo hacía una revista literaria, *Conjugación de Buenos Aires*. La dirigíamos Edgar Bayley y yo. Cierta día cayó a la redacción el pianista Enrique Villegas y me dice: “Mirá, vengo con unos muchachos del tango que quieren conocerte”. Y me presentó a Piazzolla, a Francini, a Héctor Stamponi, a los hermanos Expósito. Con ellos me vinculo y escribo en 1952 el primer tango de mi vida: “Fugitiva”, con música de Piazzolla. Fue hecho deliberadamente, bien planificado antes. Porque con Piazzolla y todo el grupo que nos acompañaba llegamos a esta definición: había que terminar con la mentira de venderle falopa al pueblo; el farolito, el bulincito, la cortada y el chan chan... ¡todo grupo! Al pueblo había que darle las mejores palabras y la mejor música.

Le referimos que, cierta vez, un muy popular cantor había dicho algo así como que este tipo de letras —y se refería específicamente a “Rosa Río”, también compuesto con Astor— era una estafa al pueblo. Se echó a reír estrepitosamente.

—Claro —agregó—, si no lo cantó porque no lo entendía.

A continuación, le pregunté sobre su vida.

—Nací en Flores —me hizo saber— el 30 de octubre de 1910. Me llamo Juan Carlos Aráoz de La Madrid. Soy hijo de José Julián, a su vez hijo de José Aráoz de La Madrid, primo hermano del general (aquí cabe aclarar que el académico Bernal sostiene la ausencia de una generación). Mi madre se llamaba Simona Evangelista Contreras y mi abuela materna, Simona Paz, sobrina del general Paz. Con el tiempo me quité legalmente el “Aráoz de” y soy Juan Carlos La Madrid; La Madrid separado, no junto, como lo escriben algunos. Me crié en la pobreza, porque mi viejo había quedado en la ruina. Fui boxeador; a los 15 años, bailarín y cantor de tangos con el sexteto de Francisco Lomuto, en el Pabellón de las Rosas. Estuve en la *Crítica* de Botana, integré la asociación Arte Concreto-Invención y fui miembro fundador de la Academia Porteña del Lunfardo.

En cuanto al libro que me dedicó esa tarde, *Hombre sumado*, me aclaró que fue publicado por Albatros en 1958 (Primer Premio Nacional de Poesía, Primer Premio de

la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y Gran Faja de Honor de la SADE) y hubo una segunda edición, más breve, de Juárez, del 69. Cabe agregar que, en 1981, le fue editado otro poemario, *Pequeña rosa lunfarda*, por Torres Agüero. Además, en 1973, había grabado, para Ten Records, el larga duración *Tango integral*. Quedó inédito un tercer poemario: *Mi palabra y mi cuchillo*.

Escribió asimismo letras de tangos, milongas y valsos. Ya mencioné “Fugitiva” con Piazzolla. Con el mismo músico también tiene “Rosa Río”, “Contratiempo” y “Mandrágora”; con Alfredo Gobbi, “Elegía para el Tigre de los Corrales” (cuyo manuscrito felizmente poseo gracias a la deferencia de nuestro recordado Gobello); con Argentino Galván, “Luna rota”; con Juan Carlos Cobián, “Ida y vuelta”; con Julio de Caro, “Caín y Abel”; con Sebastián Piana, “Milonga para el caudillo”; con Armando Baliotti, “Magnolia azul”; con Ernesto de la Cruz, “De frente”; Con Raúl Kaplún, “Sueño”; con Alfredo Attadía, “Fábula del ser” y, entre muchas otras composiciones, con quien les habla, “Cenizas en el tiempo”, que versificó sobre la marcha, mientras yo tocaba la melodía (es decir, una frase musical mía y la respuesta de un verso suyo).

Aquella tarde de 1977 se inició mi amistad con el negro La Madrid, como todo el mundo lo llamaba. Compartimos desde entonces mil y una anécdotas (algunas, casi increíbles en lo que a él se refiere), como aquella en que me invitó a cenar en un restaurante céntrico y el vino le salió más caro que el resto de la cena (y no crean ustedes que comimos poco). En cierta oportunidad le escribí un soneto, actitud que él, agradecido, me devolvió con otro poema. Se lo hice conocer en el café El Forense, de Lavalle al 1400, en una de cuyas mesas solía exhibir los zapatos que vendía. A veces, el rubro cambiaba al expendio de billetes de lotería; rebusques de un hombre que arrastraba, según sus propias palabras, “mucangas de una vida abacanada”.

La relación se extendió hasta el 16 de agosto de 1985, cuando fue derrotado por la muerte, después “de ganarle a la vida, poguea y ciego”, como él mismo dijo.

De chapa permítaseme que transcriba uno de sus poemas. Se trata de “Elegía para el pistolero muerto”, de 1960:

Ataviado de estrellas,
el Tuerto cayó al fondo de su tarde;
en el lugar, florece desde entonces
un sueño amargo
que el arrabal alienta.

Él fue como todos nosotros
y avanzó hipnotizado
hacia el espejo matemático
con su sed de vivir,
con un reloj de arena en cada paso.

La luz del tiroteo aún muerde a los tapiales
y en la desnudez apocalíptica,
un mismo tango crece de agorerías violentas,
de formas fantasmales
poseídas por albas.

El Tuerto deliraba sus poemas de amor
con esa voz rayada
y el ojo sagitario:
“June este lengue de seda,
remanye este chefún claro,

y por ahí deme el estaro
de que soy de Avellaneda”.

Al Tuerto le pisaron la rayuela del alma
y en el trasfondo miserable
de su existencia rante,
el jugo a la vida rabiosa,
asaltando,
matando,
pero aterido de misterio.
Y así lo boletearon
al Tuerto, mi amigo,
poeta y pistolero.

Villa Villester, 14 de junio de 2014

Roberto Selles
Académico de número
Titular del Sillón “Dante A. Linyera”